

Caja 2 (11-2)

La entrevista del domingo

Por Luis D. Candia



**Andrés Zaldivar Larraín,
consejero de la DC y ex
presidente de la Unión
Demócrata Cristiana
Mundial, critica la Ley
Orgánica de los Partidos
Políticos.**

• FOTOS: HUGO BRITO

ANDRES Zaldivar Larraín, abogado, ex Ministro de Hacienda, ex senador, ex presidente de la Unión Demócrata Cristiana Mundial, ex exiliado, es uno de los pocos chilenos que figuran en el Who's who, el texto que resume las biografías de las figuras internacionales. Hoy está dedicado a su profesión, pero fundamentalmente a la política, porque según él mismo lo declara "tiene vocación de servicio público".

No alcanzamos a explicarle nuestro tema porque él se nos adelantó.

—Ya sé. Ustedes quieren saber mi opinión sobre la nueva Ley Orgánica de los Partidos Políticos.

—Claro. Podemos empezar por ese tema.

—Las leyes tontas como ésa terminan por no cumplirse nunca. ¿Qué pasó, por ejemplo, con el decreto ley que prohibía la acción política? Fue dictada en 1976 y establecía sanciones equivalentes a los 200 mil dólares para grupos de cinco o más personas que se reunieran para hablar de política. Veamos lo que sucede hoy, no obstante la legislación esa: el Movimiento Democrático Popular (MDP) ayer mismo ofreció una conferencia de prensa y planteó ideas que hoy salen en la prensa. Ese mismo grupo proscrito se presentó con listas públicas a las elecciones en las universidades.

—Usted está exigiendo sanciones?

—No. Me alegro de que lo haga, porque nunca he sido proclive a sancionar las ideas. Muy al contrario. En una entrevista que concedí tras la promulgación de esas normas, dije que nadie podía ser exigido a dárles cumplimiento. Los hechos me han dado la razón. Las leyes que atentan en contra de la esencia democrática de los chilenos terminan por archivarse o por no cumplirse, cualquiera sea el empeño de sus redactores.

—La Ley Orgánica de los Partidos Políticos...

—No quiero hacerle cargos peyorativos a nadie, pero si se somete esa ley al juicio de personas expertas en la materia, sean chilenas o internacionales, la van a encontrar pésima. Porque, en el mismo momento que ella entra en detalles y reglamentaciones excesivas, se transforma en una norma restrictiva. Más que ayudar a la actividad política, el excesivo detallismo la entorpece. Está bien

"Tengo una visión clara del problema institucional chileno".



“Las leyes tontas terminan por no cumplirse”

que se diga que los partidos tienen que usar métodos democráticos para elegir a sus autoridades, pero ¿por qué tiene que reglamentar quiénes los respaldarán, quiénes los integrarán, quiénes votarán? Por lo demás, se transforma en una ley negativa, porque establece un sistema muy especial de inscripción en un gobierno que no es democrático, bajo cuya lupa quedarán todos los ciudadanos que adhirieron a determinado credo. ¿Será posible que se reúnan 15, 20 ó 30 mil firmas, las que sean, en registros públicos, que pueden ser solicitados en cualquier momento por los organismos del régimen, incluso por la Central Nacional de Informaciones? Va a estar libre de este temor y de la presión la gente que trabaja en las municipalidades, en la administración pública, los que laboran en el Pem y el Pojh, los profesores? Seamos fracos, va a ser una tarea difícil y para acreditar esto puedo dar este detalle: unos cincuenta estudiantes secundarios cometieron la tontería, el error de ha-

ber participado en la toma de un colegio. Cincuenta jóvenes que, por sus edades, no gajesan sus actos. ¿Qué ha ocurrido con ellos en estos días? Ninguno ha podido matricularse en un liceo, porque estos establecimientos han recibido instrucciones del Ministerio de Educación o de las municipalidades para que no los acepten.

Claro, ustedes me pueden decir que existe la posibilidad de que vayan a colegios privados. Tampoco allí tienen opción, porque sus administradores han recibido la misma sugerencia. ¿No irán a correr igual suerte los que adhirieron a un partido político? ¿No los irán a presionar para que no lo hagan o para que se marginen, utilizando el expediente de despedirlos o dejar vacantes sus cargos? Ni siquiera quiero imaginar lo que puede ocurrirles a los chilenos que sean deudores de un banco, especialmente si el acreedor es el Banco del Estado. Más todavía, ¿no irá a utilizar el régimen esta sutilza para ayudar a la formación de partidos po-

líticos que sean de su preferencia? Porque, lo temo, presionando al PEM y al POJH, sólo con eso, el gobierno puede integrar casi cinco o seis partidos —los que quiere—. Y no doy este ejemplo porque las personas que trabajan allí sean despreciables, sino porque son las que pueden estar sujetas, por sus mismas necesidades, a las mayores presiones.

—Señor Zaldivar, ¿la Ley Orgánica de los Partidos es su preocupación fundamental ahora?

—No. Es una materia que atrae nuestro interés, pero tengo una inquietud más importante, una angustia que comparte la gran mayoría de los chilenos. Hombres de diversas tendencias, incluso gente que está cercana al Gobierno, se pregunta si el país va a volver realmente a la normalidad democrática, al sistema de convivencia que ha tenido Chile en su historia. Es una pregunta

(Sigue a la vuelta)

Las leyes tontas...

(Viene de la vuelta)

que yo trato de responderla lealmente: "La situación es muy dramática, porque no se advierte un posible punto de encuentro, de reconciliación entre los distintos sectores". ¿Y por qué no se produce ese encuentro? A mi juicio, y lo digo con todo respeto, porque estoy convencido de que el general Pinochet está decidido a proyectarse más allá de 1989. El general Pinochet y su gente cercana están decididos a retener el poder, de acuerdo a una institucionalidad que ellos mismos, en forma unilateral, han ido estructurando. Y frente a esta realidad, la realidad de un plebiscito con un candidato único, los chilenos, la mayoría, no está de acuerdo. No está de acuerdo, incluso, gente que permanece junto a él o que lo ha acompañado en estos últimos trece años. Esto me lo han dicho también muchos empresarios que, no por razones de orden personal, no aprueban que Pinochet perdure más allá de 1989.

—¿Qué posibilidades avizora usted para superar esta encrucijada? ¿Ve la posibilidad de que los demócratas opositores y los que se dicen independientes del gobierno puedan alcanzar con él un acuerdo?

—No soy partidario de los pies forzados, por lo tanto, no soy partidario de que la actual situación se mantenga porque en un clima así surgen los que se creen vencedores y otros los vencidos. Como a mí no me gusta la violencia, la guerra, trato de evitarlas, porque, al final, el país es el único derrotado. Por eso mismo, sigo siendo partidario de una negociación leal entre la civilidad y las FF. AA., que permita diseñar un calendario real, sin trampas, para transitar rápido a la democracia. Ustedes me pueden preguntar a qué plazo quiero ese diseño y respondo: Un año más o un año menos no me asusta, siempre que efectivamente se construya el camino. ¿Y cuál es el primer paso? Pues, sentarse a dialogar, cara al país para negociar una salida, una salida que pasa por una revisión de la Constitución y que sigue por estudiar las reformas necesarias a las Leyes Electorales y de Partidos Políticos. ¡Pero si eso es lo que están pidiendo todos!, los DC, los socialdemócratas, los socialistas, los nacionales, los liberales, los republicanos, los de Unión Nacional —aún los de la UDI—, los partidarios de Jarpa, todos. Todos ellos quieren que en 1989 no haya un plebiscito, sino una elección presidencial competitiva, libre, abierta.

—Muchos han dicho y han escrito que el gobierno se va a sentar a dialogar, pero lo va a hacer con la derecha unificada, que se rearma en estos días, y no lo va a hacer con los que se dicen opositores democráticos.

—No creo que eso se dé, porque la derecha, por muy bien reestructurada que esté, sólo representa a una parte del país y, a mi juicio, a una minoría. Es una parte respectable del país, pero el gobierno no puede realizar una transición tomando en cuenta a esas fuerzas y dejando de lado al 70 u 80 por ciento que discrepa. Negociar con la derecha o insistir en un plebiscito con un candidato único no sería una solución, sino una abierta provocación, inaceptable, una solución fraudulenta. Si se elige el camino, la vía que el régimen propicia, no me cabe duda de que Chile entra en un proceso de violencia creciente porque los sectores moderados, que hoy ofrecen una negociación pacífica, habrán perdido toda vigencia. En ese mismo momento, sólo quedarán en el campo dos fuerzas, la del sector más radicalizado que no descarta ninguna forma de lucha y la del gobierno, que va a tratar de contrarrestar. Va a ser un encuentro de violencias que no comparto, que no desevo, porque no quiero ese destino para Chile.

—Cuando usted habla de la urgencia de sentarse a dialogar con el gobierno, ¿incluye entre los actores válidos al Partido Comunista?

—En política hay que ser realista para ser eficiente. Es imposible sentarse a conversar con las FF. AA. junto al PC y el PC lo sabe. Sólo pueden negociar los que están en el arco que va del PS de Ricardo Núñez a la derecha. Ahora, que quede claro un hecho: No pretendo excluir a nadie de la vida democrática, no quiero que se vulneren los derechos de nadie, ni de Pinochet ni de los marxistas. Pero, para ser realista, no hay



"No es hora de polémicas bizantinas. Nuestro único objetivo debe ser la recuperación democrática"

que aceptar al PC en la mesa de negociaciones, porque con él no se va a alcanzar jamás un resultado.

—Por el mismo hecho de aceptar al PC en el juego democrático a usted y a su partido se les califica de "blancos"...

—Esa es una expresión formal, sin sustancia, sin consistencia alguna. Mi partido ni yo jamás hemos sido partidarios de pactos o de alianzas con el PC. Hemos actuado en consecuencia con nuestros principios y eso se traduce en nuestras conductas y actitudes. Aun más, el PDC no se ha aliado jamás con el PC para hacer gobierno, es al único partido que no se le puede hacer el cargo, pero se les puede hacer a todos los demás. Pero, siendo así, ¿puede ser justo ese cargo? Sería yo justo si acusara a las Fuerzas Armadas de promarxistas porque algunos de sus personeros ocuparon ministerios en el gobierno de la UP? Tuvieron que tomar decisiones por razones reales que se produjeron en ese instante de la historia. Sería yo un desgraciado si sacara conclusiones de otro tipo, si dijera que había comunitancias. ¿A dónde quiero llegar con esto? A que es muy irresponsable el formular imputaciones sin base. Pero, yendo más allá, no queremos aplicarles a nuestros adversarios la misma vara con que ellos nos miden. Porque el país sabe que tenemos las cosas claras: No somos matacomunistas, no somos partidarios de perseguir ni de imponer ideas por la fuerza, no somos partidarios de mandar a la cárcel o de exiliar a los que no piensan como nosotros. ¿Eso se da por pura casualidad? No. Se da porque tenemos confianza en nuestras ideas, porque son de mejor calidad y, por eso mismo han permitido derrotar a otras que, históricamente, han sido erróneas.

—Señor Zaldívar, ¿el obstáculo para el gran diálogo que usted plantea son las FF. AA., el Gobierno en conjunto o una persona?

—El obstáculo está en lo que yo llamaría "el entorno del gobierno", de un gobierno que tiene un sector fanático, que no está dispuesto a ceder ni una pulgada de poder. —¿Frente a eso, qué propone?

—El iniciar, como otros partidos lo han propuesto, un gran movimiento, más allá de los grupos políticos, que integre a toda la civilidad. Un gran movimiento que incluye a todos, a Jarpa y Jaime Guzmán, que abogue por elecciones libres y una reforma consti-

tucional para que ellas sean posibles. Un movimiento que exija elecciones abiertas, tanto para elegir al futuro Presidente de la República como para elegir un Congreso Nacional y alcaldes.

—Esa es una tarea de ustedes, no del go-

bierno.

—Sin duda, es una tarea nuestra. Pero corresponde al gobierno el escuchar, no descalificar todo.

—¿Y cuál es el impedimento para que los civiles se pongan de acuerdo y le planteen una petición común al gobierno? ¿Por qué no concilian posiciones, en circunstancias de que usted afirma que todos los grupos están de acuerdo en una demanda básica?

—Fue un error el no haberlo hecho, hay que hacerlo. Yo no puedo adelantarle mayores expresiones sobre esta materia, porque no dirijo al partido, por lo tanto, no puedo arrogarme la representación de nadie. Pero, en cuanto a mi respecta, haré todo lo que esté al alcance para lograr esa gran movilización en torno a elecciones libres, ya que es ahí donde hay que poner énfasis. Pienso que ese es el objetivo fundamental y no el de estar discutiendo permanentemente el problema del comunismo. Los políticos hemos estado demasiado tiempo haciendo el juego al régimen en esta trampa, demasiado tiempo en el cual hemos vivido inmersos en una polvareda.

—Se habla de la urgencia de darle un líder a la oposición, que contribuya a aclarar el camino. ¿Es usted una buena carta?

—Creo que la oposición, en un momento determinado, va a requerir de una figura que represente los valores del no gobierno. Esta figura bien puede ser un presidenciable, si es que hay elecciones. El nominarlo no es una cuestión fácil porque en un país sin libertades, la emergencia de los líderes es algo complicado porque, por ejemplo, los jefes de la oposición no aparecen en la televisión nunca.

—Le preguntaba si usted estaría dispuesto a ser "el líder"...

—Hay mucha gente que tiene carisma, hay capacidad de liderazgo. Si me corresponde la responsabilidad de asumir el liderazgo, lo haría sin titubear, porque creo que le prestaría un servicio al país con eso. Pero, no es una cuestión que me preocupe en este momento. Creo que es más trascendente poner en marcha la movilización por las elecciones libres y, es muy posible que ahí mismo surja el liderazgo de alguien, que

va a tener que situarse bien en la realidad del instante. Porque puede darse la circunstancia —lo he dicho otras veces— que tengamos que pagar algún precio por una transición verdaderamente democrática. Puede que tengamos que aceptar a un militar que la coadyuve, elegido de común acuerdo entre la oposición democrática, las fuerzas que se declaran independientes, y el gobierno. Puede darse esta utopía si Pinochet dijera mañana "señores, me voy". Entonces, deberíamos aceptar un hombre de transición para que realice la misma tarea que hizo Bignone en Argentina.

—En qué términos ha planteado usted eso?

—Lo he dicho por escrito. Una amplia mayoría de mi partido apoyó la idea.

—¿Y qué respuesta obtuvo del gobierno?

—No hubo respuesta. Siempre, claro, que las FF. AA. se comprometieran en un calendario institucional distinto al que la actual Constitución establece. Una fórmula como esa dejaría habilitado al propio Pinochet para que sea candidato en elecciones abiertas, libres, pero de ninguna manera lo habilitaría para ser el titular de transiciones.

—Tampoco para que siguiera como Comandante en Jefe del Ejército?

—Menos. No podría ser candidato a la Presidencia un hombre que detente uniforme y armas. Eso no se da en ningún país democrático del mundo.

—Señor Zaldívar, ¿no resulta algo presuntuoso el considerar que usted puede lograr el liderazgo de toda la oposición democrática?

—Me siento capaz, tengo las ideas claras. Sé que el problema del país no estriba en que si está corriente o la otra quiere tener al PC arriba o abajo de la mesa, en precisar si aquél grupo fue partidario o no del golpe, en establecer si la Constitución es legítima o ilegítima. Todas esas discusiones me parecen a mí absolutamente bizantinas, porque lo que a todos nos interesa es la recuperación democrática. No tengo afanes presuntuosos, porque sé que hay muchos líderes valiosos, pero quiero aclarar que, si me llaman, estaré dispuesto a dar la batalla con elrealismo político con que miro las cosas. Claro que no basta decir "yo quiero ser el líder" para que eso suceda. Si se elige a otro, me pondré en sus filas, siempre que tenga conciencia de cuál es el objetivo: cambiar todas las leyes tontas, retornar a la democracia.